

UN DOMINGO EN MI TIERRA

Et requievit die septimo ad universo
opere quod patrarat.

Y reposó el día séptimo de toda la
obra que había hecho.

(Gens. cap. II, vers. II)

Por no dar entrada en mi corazón al tedio y al aburrimiento, lector amable, me dirigí cierto domingo, en ocasión que pasaba una temporada en el campo, á un lugar de estas provincias de cuyo nombre me acuerdo siempre con el gusto de quien le debe alegres días que se deslizaron entre el cariño de parientes bondadosos, y la despreocupación y las delicias de la dorada juventud primera. Reune además la circunstancia de ser, entre cuantos he visto en suelo bascongado, uno de los que para mí presenta fisonomía más genuina. Él no es grande, que digamos, ni tan pequeño que se le confunda con alguna de las rústicas aldehuelas que duermen, olvidadas pero felices, á la sombra del monte, y solo parecen despertar cuando vibra la campana de la humilde iglesia ó alegran el valle apacible los ecos del tambor y la dulzaina. Pero tampoco vayan ustedes á figurarse que me refiero á un pueblo de movimiento, bien empedrado y recurrido: á las nueve de la noche en verano, y á las siete, si es invierno, se oye en sus calles volar á una mosca. Su nombre, curioso lector, entre estos pobres renglones lo verás, si no eres muy corto de vista.

Eran las primeras horas de la tarde. Un cielo claro y una atmósfera serena convidaban á reir y á gozar. Por ligera pendiente descendí á la carretera, que retorciéndose como anguila, subía unas veces, bajaba otras, solitaria siempre, y más polvorienta de lo que yo y mi pobre traje oscuro hubiéramos deseado. El camino y la soledad me

fatigaron un poco, y sentéme á fumar un cigarro á la fresca sombra de un roble, cerca de un rio pequeño y silencioso. Tendido sobre la verde alfombra sombreada por el roble secular cuyas raíces se extendían en derredor cual descomunales patas de araña; viendo desvanecerse en caprichosas espirales el humo de mi cigarrillo, me entregué á mil alegres imaginaciones, mientras escuchaba el rumor del aire al jugar con las hojas, aquel de quien dijo un poeta:

«que del oro y del cetro pone olvido».

De la meditación pasé al sueño, y si no acierta á sonar junto á mí la esquila de un boyarrón que pacía por aquellos contornos, allí me coge la noche, como hay sol en el cielo. Levantéme algo sobresaltado por la tardanza, y mirando con una especie de gratitud al roble hospitalario, con nuevos bríos proseguí mi camino que iba haciendo más entretenido la proximidad del lugar á donde mi curiosidad y mis recuerdos me dirigían.

No tardé en cruzarme con un grupo de muchachos ligeros como el pensamiento, que caminaban con la chaqueta al hombro, el sudor en la frente, y en la boca... la risa de los veinte años. Llevaban ánimo de bailar hasta la Oración de la romería de una anteiglesia que se veía allá arriba, sobre una montaña por cuyas veredas trepaba con la facilidad del corzo la briosa gente campesina.

Luego tropecé con otro, compuesto de personas ya más machuchas y sosegadas. Algunos de ellos eran barbados, un poco panzudos los más y caminaban por consiguiente con ménos prisa que los muchachitos. Sus intenciones no podían ser más honradas: hacer alto en la taberna del crucero, y saborear el clásico bacalao en salsa y el vinillo nuevo.

En los caseríos inmediatos á la carretera no se sentía otra cosa que mugidos de vacas y de terneros. Hombres y mujeres parecían dormir. Algunos chiquillos en camisa me miraban atónitos chupándose los dedos, y el *blanco* y el *morico* que dormitaban perezosamente sobre el helecho, me recibían con un gruñido ronco y prolongado...

Cuando entré en el pueblo, cien ojos me miraron con benévola curiosidad.

Desde luego llamó mi atención una cosa: el número de viejas que ví. Ninguna hilaba, porque era día de fiesta; pero en desquite, sentadas en medio de la calle en sillas muy bajas, y con el tradicional pañuelo blanco en la cabeza, jugaban á las cartas con avidez, casi con

furia, sirviéndose de unos naipes que, lo ménos, entretuvieron los ocios dominicales de sus quintas abuelas... Me parece inútil decir á hijos de este país la especie de mesas en que se apoyaban. Las mismas de siempre: chiquitillas, negruzcas y tambaleantes.

De una casa vecina con emparrado, salió muy despacito un sacerdote de mucha edad, encorvado por los años, y sosteniéndose á cada paso que daba, en su bastón de ébano. El venerable se paró á hablar un poco con las jugadoras, que se levantaron llamándole con gran respeto y cariño *Don Joaquín Jauna*; dió á besar su mano flaca y temblona á dos docenas de chiquillos que corrieron á saludarle con el Ave María Purísima de nuestros padres; y quitándose humildemente el sombrero para despedirse, continuó, arrastrando los piés, su paseo. No pude quitarle los ojos hasta que desapareció, más allá de las últimas casas, en la primera curva de la carretera bañada por el sol espléndido de Mayo....

Pero sigamos nuestro paseo, lector desocupado, que dá mucho de sí la tarde de un domingo en mi tierra.

Andaba yo muy despacio, mirando á todos lados como curioso. De pronto, para darme importancia, me calé unos quevedos que á prevención llevaba, giré sobre los tacones muy despacio mirando á los aleros de las casas con aire de observador profundo; y púsemme á escribir en una cartera muy grande letras como avellanas, acordándome de que los ingleses así lo suelen hacer cuando se extasian ante las mohosas ruinas de la indomable Fuenterrabía, ó presencian una prosáica riña de carneros.

De aquí para allí se paseaban con sus pollitos varias gallinas tan hermosas que era un gusto el verlas. ¡Qué poética es la vida en la aldea!, decía yo para mi capote, y así, entretenido con tan apacibles pensamientos, me encontré frente á una posada de exterior poco artístico, á la verdad, toda pintada de amarillo, con enorme balconaje de madera, y coronando la espaciosa puerta el ramo de espinos y una gran bota pintada, capaz de dar rabiosa sed de vino al más aguado. En la plazuela que se abría frente al fonducho reposaban dos enormes galeras riojanas (que, por las trazas, no habían venido vacías) y un coche recién pintado. De la posada salían desentonadas voces de borrachos...

Un tordo muy negrillo y feo, preso en jaula de palo (que las doradas son cárcel de ruiseñores), cantaba con bastante poca gracia jun-

to á una ventana del segundo piso; y los chiquillos le imitaban desde la calle; y él repetía sus gorgoritos, más ó ménos melifluos. Así me entretuve un rato; pero ya comprenderán ustedes que no era cosa de pasarse la tarde oyendo cantar á un tordo. Dejé al *solista* que hiciera las delicias del travieso auditorio, y entréme de rondón en la iglesia. Me pareció lo que me parece siempre que la veo: alta, rica, hermosísima. En cambio su sacristán ninguna de estas tres gracias tenía el infeliz; pero tan solícito anduvo en enseñármelo todo, que le tomé por hombre complaciente y de bien. No abandoné el ancho templo sin poner antes mis labios en un sepulcro que á un lado del presbiterio está: blanco y primoroso estuche que guarda las cenizas dichosas de quien, pocos años antes, se arrodillaba sobre aquellas mismas losas frías que yo pisaba entonces, pálido de respetuosa emoción. Hice breve oración al mártir, y salí de la iglesia. Frente á su puerta principal se extendía la plaza, sobre la que caían desapiadados los rayos del sol, dejándola casi desierta. Casi he dicho, y no hay que olvidarlo, porque á la puerta de una taberna de estilo antdiluviano platicaban dos caseiros haciendo mil expresivas gesticulaciones, con las piernas abiertas, la pipa en la boca y el vapor del vino en las testarudas cabezas....

Tomé por una cuestecilla solitaria (medio calle y medio prado) detrás de la cual veía la verde campiña salpicada de flores. Me hubiera gustado vivir en aquel rincón delicioso. Arrimada á unas viejas tapias había allí una fuentequilla que humildemente me invitaba á beber; y bebí de sus aguas cristalinas. Del lado opuesto al en que murmuraba la fuente, entre casas pequeñas y sucias, levantábanse otras de señoril aspecto, muy negras, muy fuertes, con escudos magníficos, enormes aleros labrados, y anchas y claveteadas puertas. En la más venerable de todas se leía esta inscripción: «Muera el pecado». También las otras ostentaban las suyas con orgullo: todas piadosas ó caballerescas. Pero estaban desiertas, lector carísimo. Sus dueños gozaban hacia tiempo de las delicias de Madrid...

En lo alto de la cuestecilla una gran cruz de piedra extendía piadosamente sus brazos ennegrecidos por la acción del tiempo. Pasaba y repasaba á su lado, como atraída por misterioso influjo, la golondrina ligera, fiel amiga de todo lo melancólico y todo lo bello; y tres ó cuatro niñas jugaban pacíficamente á las tabas sobre la yerba, al pié de la vetusta cruz. Me senté yo también en un poyito, y contemplé el grupo y el paisaje, y el cielo azul; y casi me saltaron las lágrimas....

Sería algo más de media tarde cuando, harto ya de vagar por calles y plazas levantando castillos en el aire, quise dar un abrazo á dos tíos que en el pueblo tengo, de edad ya avanzada y sin hijos, más buenos que el pan de cada día. Una vereda que por allí serpenteaba entre el verde trigo me evitó el trabajo de desandar lo andado.

Yo no sé si lo diga; tal vez convendría callarlo; pero es lo cierto que á la entrada de una callejuela de esas que suelen escoger los pintores para sus cuadros (y con esto le damos patente de fea), entre unas acacias heridas del sol, y varios maderos tendidos á la sombra, sin ser vistos de nadie, pacían como buenos amigos dos jumentillos pardos de no muy linda catadura....

Pero veamos qué tal me fué en casa de mis parientes.

Salieron á recibirme á la escalera, haciéndome gran agasajo, sus tres sirvientas, y como una de ellas corriera á participar á los amos mi llegada, vinieron los dos viejos á abrazarme con tanto cariño como pudieran haberlo hecho si me llamáran su hijo. Entramos en la sala, que era espaciosa y de aspecto algo primitivo. De sus paredes, como la nieve de blancas, pendían algunos retratos y cuadros antiguos ya borrosos. El cortinaje de las ventanas, tan blanco como las paredes, caía lacio y sin pizca de coquetería sobre el frío suelo de ladrillo. Completaban su adorno un sofá de junco, mesa de blanco mármol en el centro, y buen número de sillas, entre las que descollaban por su tamaño y antigüedad algunas de las llamadas *moscovitas*. Aquello era una delicia. Allí se podía jugar á las cuatro esquinas, sin temor de que rodaran por el suelo *bibelots* parisienses. Además, era la señora de la casa, al igual de la respetable Marquesa de Villasis, muy amante del sol y del aire, «y odiaba ese misterioso y coquetuelo *demi jour* en que se refugian las beldades trasnochadas para ocultar los estragos del tiempo».¹ En aquella, pues, amplia sala de la que nunca me olvidaré, nos sentamos los tres muy juntitos, y previas las primeras y más expresivas manifestaciones de afecto, empezó el interrogatorio de costumbre: ¿cómo tan agradable sorpresa?; y los tuyos ¿qué dicen?; ¿es verdad esto?; ¿es cierto lo de más allá?; ¿qué hace fulano sin casarse?; y así por el estilo, hasta que me pusieron la cabeza medio atolondrada. El ama de casa, entretanto, salió por dos veces de la sala, y comprendí que no lo había hecho en vano, cuando después de un buen

(1) Novela «Pequeñeces», del P. Luis Coloma (S. J.) Libro II, cap. II.

rato en que yo hablaba como un sacamuelas, contando á mis cariñosos tios todo lo que sabia y no sabia, ví abrirse la puerta, y entrar por ella muy sonriente á la más respetable de las domésticas, trayendo una bandeja con tres jicarones de espumoso chocolate, rubio como el oro.

—Aquí, chico, no sabemos prescindir de estos refrigerios—dijo en tono jovial mi tío,—y ménos hoy que, con gran satisfacción nuestra, nos haces compañía.

Por toda contestación acerqué mi silla á la mesa en que descansaba todo aquel tenderete de jicaras, dulceras, bizcochos y azucarillos; otro tanto hizo la respetable pareja, y dando alegres carcajadas (que quizá en oídos cortesanos no hubieran sonado muy bien) dimos principio al clásico y succulento refresco, mientras llegaban á nosotros, debilitadas por la distancia, las notas, no siempre dulces, del tamboril, que, por lo visto, se habia enseñoreado ya de la plaza.

Un perro canelo y un gato, niños mimados de la casa, me venian á hacer fiestas mientras la refección. Desecharon el pan que les di, pero no el queso ni el chocolate. Se pasaban de listos.

En esto se presentó en la sala con la mayor confianza una niña como de seis años, pobre aunque limpiamente vestida, y fué de ver el recibimiento que le hicieron los viejos, cuya caridad con sus vecinos es muy grande: «¿Sabes quién es este caballero que está aquí?» decíale en puro bascuence bizcaíno mi tia, que la tenia en su falda; y como la niña movia negativamente la cabeza, asida al cuello de su protectora, y sin quitarme los espantados ojos, le dijo esta muy seria, dirigiéndome una mirada significativa: «es un señor que se lleva consigo á los chicos malos, y en cambio les da *champones* á los que son obedientes.» Yo pregunté entónces, no ménos serio que mi tia, si Joñepacho (que así se llamaba la reciénvenida) era obediente, y como me respondieran que sí, saqué del bolsillo unas monedas de cobre, y se las di.

Desaparecieron con esto los pliegues de su entrecejo, y algo parecido á una sonrisa vino á posarse á sus labios,

Quisieron entonces aquellos señores, que, en agradecimiento, mostrase la niña sus habilidades; y en efecto, puesta de pie, sobándose la cara alternativamente con una y otra mano, dijo el Padre nuestro, el Ave María y no sé cuántas cosas más, acabando por recitar la fábula de la Lechera con tantas interrupciones y trabajos (eso que habia

apuntadores), que me desternillé de risa, admirando el candor de los amos de la casa.

Luego, para dar variedad á la función, abrí un piano que allí habia, fruta de mediados de siglo, y toque un zortziko que casi fué tan aplaudido como la fábula de la Lechera; y es cuanto se puede decir.

Se iba haciendo tarde, y tuve que decir adios á mis tios, aunque ellos se empeñaban en retenerme allí hasta el dia siguiente. Abracélos; di un beso á *Josépacho*, que me lo devolvió duplicado; las criadas volvieron á salir en corporación á despedirme, dándome, en unión con sus amos, memorias y más memorias para todo el mundo; acaricié al perro, y contento y triste, todo á un tiempo, dejé aquella casa donde reinan con todos sus irresistibles atractivos la sencillez y amabilidad bascongadas.

Llevaba en el ojal de la americana un ramito de violetas que, de puro obsequiosa, habia recogido en su jardín mi tia en persona. Al percibir el aroma incomparable de aquella flor, la más humilde entre las flores, se me representó la fuente en que bebí dos horas antes, tímida también, pero más cristalina mil veces que las que hermocean, bulliciosas, los palacios de los reyes.

Cuando me vi de nuevo en la calle, pensé en retirarme á mi cabaña, distante una legua de allí; pero el pícaro tamboril, que siempre ha de traerme á la memoria dulces recuerdos de niñez, dirigió mis pasos á la plaza. Ofrecía esta el animado aspecto que en los dias festivos suelen presentar las de estas provincias á la caída de la tarde, cuando el sol nos niega la alegría de sus rayos, y las sombras del crepúsculo, deslizándose en silencio, cual ladrón que acecha su presa, se amparan de nuestros valles, para luego subirse hasta las crestas de las soberbias montañas, llenando de suave melancolía el alma. Desde los oscuros arcos de la Casa Consistorial, de antigua y sólida construcción, el tamboril tocaba con cierta lentitud no exenta de gracia, un fandango; y algunas docenas de jóvenes bailaban alegremente al compás de la eterna música dominguera, manteniéndose á cierta distancia las incansables parejas, como pide el buen gusto, sin que se lo estorbe, ni mucho menos, la sana moral. Mezcladas con gentes del pueblo, veíanse en el espacioso pórtico de la iglesia algunas personas bien vestidas, la mayor parte jóvenes, que hablaban entre sí con mucha familiaridad. Un señor gordo muy serio, armado de chaleco blan-

co, gruesa cadena de oro y sombrero de copa nuevo, se paseaba solo con alguna mayor majestad que los otros.

No sé por qué, pensé que sería el alcalde.

Acerté á pasar junto a la fuente, cuyos tres caños arrojaban abundancia de agua fresca y trasparente que al ancho pilón caía, produciendo un murmullo suave y continuado como el de una alegre conversación femenina. Sin sorprenderme mucho, vi que la habian invadido los admiradores del tordo de la posada, que, hartos ya de música, se entretenian en hacer navegar por las serenas aguas de la fuente á unos barquitos de madera con sus velas blancas y timón. Dos de aquellos pilletes se trabaron de palabras por no sé qué cosa relativa a sus embarcaciones, y la consecuencia fué darse lindamente de moquetes, hasta que vino una muchacha á llenar su herrada, y los separó; pero los niños pagaron sus buenas intenciones echándole puñados de tierra al cubo: lo cual hizo que asomaran al rostro de aquella Rebeca sin ventura los pálidos tintes de la ira.

A todo esto, oscurecía por momentos, y los bailarines procuraban aprovechar el poco tiempo restante haciendo sus más graciosas piruetas al movido compás del *ariñ-ariñ*. Flotaba en la tibia atmósfera un cierto polvillo que lo invadía todo suavemente; la animación y el bullicio habian llegado á su colmo; el tamborilero hacia prodigios...

El señor del chaleco blanco seguía paseando con mucha gravedad.

Sonó broncamente una campana que, lo menos, debió de oírse á dos leguas a la redonda; luego otra pequeña y argentina que parecía la voz de un ángel llamando á la oración á jóvenes y á viejos, á ricos y á pobres, á felices y á desgraciados; cientos de cabezas se descubrieron en religioso é imponente silencio; enmudeció el tamboril... y cada mochuelo voló á su olivo.

VICENTE DE MONZÓN.

